

P. Djèlí Clark

# EL SEÑOR DE LOS DJINN

Traducido por

Rebeca Cardeñoso

Corrección

Pilar Caballero



*Para Claudette, a la que muchos llamaban Liz,  
y yo llamaba simplemente mamá.  
Gracias por todas esas visitas a la biblioteca.*





## CAPÍTULO UNO

A Archibald James Portendorf no le gustaban las escaleras. Con su absurda longitud, siempre hacia arriba, como si se burlaran de él. Había veces en que hasta le parecía oír sus risitas. Si esas escaleras tuvieran ojos, harían algo más que reírse de él, viéndole resoplar a través de sus bigotes cobrizos acabados en punta y con sus cortas piernas flaqueando bajo su corpulencia. Era criminal que todavía existieran escaleras en esos tiempos modernos, cuando los ascensores podían transportar a sus pasajeros con comodidad.

Se detuvo a descansar apoyado contra una réplica gigante de una tetera de cobre con un pitorro curvo como el pico de un pájaro, dejando en el suelo el fardo que cargaba. Era una vergüenza que alguien de su edad, con sesenta y un años cumplidos en ese año 1912, se viera sometido a semejantes humillaciones. Debería estar echando un trago para relajarse antes de dormir, ¡no trepando un maldito tramo de escaleras!

—Todo sea por el rey, la patria y la empresa —farfulló.

Mientras se limpiaba el sudor de la frente, deseó poder hacer lo propio con la humedad que le cubría la espalda y otras zonas innumerables que, por fortuna, quedaban ocultas bajo su traje oscuro. Hacía calor para ser noviembre, y en esa tierra sofocante parecía que su cuerpo había olvidado cómo *dejar* de sudar. Con un suspiro, volteó los ojos cansados hacia una ventana abovedada. A esas horas

todavía podía distinguir el contorno de las pirámides; la piedra brillaba bajo la luna llena que pendía, luminosa, del cielo negro.

Egipto. La misteriosa joya de Oriente, tierra de faraones, míticos mamelucos e infinitas maravillas. Desde hacía diez largos años, Archibald había pasado tres o cuatro meses seguidos, a veces hasta seis, en el país. Y una cosa estaba clara: había tenido más que suficiente.

Estaba harto de ese lugar miserable, caluroso y seco. Treinta años atrás, los egipcios estaban listos para convertirse en una pieza más del imperio de Su Majestad. Ahora, Egipto era una de las grandes potencias mundiales, y El Cairo estaba superando a Londres con celeridad, incluso a París. Sus gentes se pavoneaban por las calles burlándose de Inglaterra o, como ellos la llamaban, «esa islita gris y deprimente». Sus comidas le sentaban mal. Sus oraciones se sucedían a cualquier hora del día y de la noche. ¡Y les encantaba fingir que no entendían el inglés *cuando él sabía perfectamente que sí lo hacían!*

Y luego estaban los djinn. ¡Seres antinaturales!

Archibald suspiró de nuevo al pasar el pulgar sobre la letra G color lavanda bordada en su pañuelo. Georgiana se lo había regalado antes de casarse. Esas visitas le gustaban tan poco como a él, que la dejaba en Londres sin nada que hacer más que dar órdenes al servicio.

«Solo unas pocas semanas más, querida». Unas pocas semanas y estaría en un dirigible de camino a casa. ¡Qué ganas tenía de ver su «islita gris», donde noviembre era tan frío y lluvioso como correspondía! Recorrería sus calles estrechas saboreando cada hediondo olor. ¡En Navidad se emborracharía a lo grande con un buen whisky inglés!

Esos pensamientos le levantaron el ánimo. Alzó el fardo y empezó a subir de nuevo, al ritmo de «Rule, Britannia!». Pero un arranque de patriotismo no era rival para aquellas irritantes escaleras. Para cuando llegó arriba, las fuerzas lo habían abandonado. Se detuvo a trompicones ante unas puertas altas de madera oscura,

casi negra, encajadas en un arco de piedra y se inclinó con las manos apoyadas en las rodillas, resoplando ruidosamente.

Ahí parado, ladeó la cabeza al percibir un débil tintineo. Llevaba semanas oyendo el extraño sonido de vez en cuando, un eco distante de metal contra metal. Había preguntado al servicio, pero la mayoría de ellos nunca lo captaba. Los que sí lo habían oído le aseguraron que lo más probable era que fuese un djinn que vivía en las paredes y le sugirieron que recitase algunas oraciones. Aun así, el sonido tenía que venir de...

—¡Portendorf!

La llamada lo enderezó de golpe. Recuperando la estabilidad, se giró y encontró a dos hombres avanzando a zancadas hacia él. Al reconocer al primero estuvo a punto de hacer una mueca, pero obligó a su rostro a mantener la compostura.

Wesley Dalton le recordaba a una caricatura del típico aristócrata eduardiano: pelo dorado con una pulcra raya en medio, un bigote encerado de puntas finas y una confianza en sí mismo que le salía por las orejas. Todo junto producía un efecto repugnante. Cuando llegó hasta él, el joven le propinó una entusiasta palmada en la espalda que estuvo a punto de lanzarlo al suelo de bruces.

—¡Así que no soy el único que llega tarde a la fiesta de la empresa! Ya pensaba que iba a tener que disculparme con el viejo. ¡Pero entrar con el pequeño káiser me salvará de una regañina!

Archibald esbozó una sonrisa tensa. Hacía siglos que *Portendorf* era un apellido inglés. Y tenía origen austriaco, no alemán. Pero era de mala educación ofenderse por una broma. Le saludó y le dio un apretón de manos.

—Acabo de llegar de Fayún —comentó Dalton. Eso explicaba su ropa, un traje marrón de piloto con los pantalones rematados en botas negras. Seguro que había volado en uno de esos planeadores biplaza tan populares en Egipto—. Me había llegado un soplo sobre una momia que merecía la pena examinar. Resultó ser una engañifa. Los nativos la habían hecho con paja y yeso, ¿te lo puedes creer?

Archibald se lo creía por completo. Dalton estaba obsesionado con las momias, en parte para demostrar su teoría de que los

antiguos faraones egipcios eran en realidad parientes de los anglosajones, con el mismo pelo rubio pajizo, que dominaban a las hordas de piel oscura de su reino. Archibald era tan racista como el que más, pero hasta él opinaba que esas afirmaciones eran basura y una soberana estupidez.

—A veces, Mustafá —continuó Dalton, mientras se quitaba los guantes—, me da la impresión de que disfrutas enviándome a estas quijotadas.

Archibald casi se había olvidado del segundo hombre, que aguardaba de pie tan silencioso como un mueble. Mustafá era el ayuda de cámara de Dalton, aunque cada vez resultaba más complicado encontrar nativos para ese tipo de trabajo. Era difícil conseguir momias, ya que el Parlamento egipcio había restringido su comercialización. Pero, a pesar de ello, Mustafá siempre parecía capaz de dar con una nueva pista para Dalton, a cada cual más estéril y, según sospechaba Archibald, de un tremendo coste.

—Mi único objetivo es servir, señor Dalton —respondió Mustafá en su inglés entrecortado, al tiempo que cogía los guantes y los envolvía en su túnica azul.

—Todo el mundo pone la mano para pedir una limosna —gruñó Dalton—. Pero son tan malos como cualquier rata callejera londinense y, si les dejas, te roban hasta la camisa. —La mirada de Mustafá se posó en Archibald, con una sonrisa casi imperceptible en sus labios carnosos—. ¡Un momento! —exclamó Dalton—. ¿No será... el objeto?

Archibald recogió a toda prisa el fardo del suelo. Había tenido que regatear lo suyo para hacerse con la pieza. No iba a permitir que Dalton la manosease de arriba abajo.

—Lo verás junto con todos los demás —declaró.

El rostro de Dalton reflejó decepción y cierta indignación. Pero se limitó a encogerse de hombros.

—Por supuesto. ¿Me permites, en ese caso?

Las pesadas puertas rechinaron contra el suelo de piedra al abrirlas.



La habitación que había al otro lado estaba rodeada por un muro circular, decorado con un diseño en tonos dorado, beige, verde y ocre oscuro sobre un fondo azul marino. La superficie lisa resplandecía bajo la luz de una lámpara de araña hecha de latón con pequeñas estrellas aserradas al estilo árabe. A los lados se erguían sendas hileras de columnas, sus arcos curvos adornados con rayas ocres. Un despliegue de decadencia oriental que encajaba a la perfección con la Hermandad Hermética de al-Jahiz.

Un par de mecaeunucos estándar salieron a su encuentro. Sus rostros, vacíos e inhumanos, era indescifrables máscaras de latón. Cada autómatas sostenía entre los dedos metálicos un par de guantes blancos, una túnica negra y un fez negro a juego con una borla dorada. Archibald cogió sus prendas, deslizó la larga túnica sobre su ropa y se ajustó el sombrero en la cabeza, asegurándose de que el bordado de la cimitarra dorada y la luna invertida quedara hacia delante.

Había veintidós hombres en la estancia, incluyendo a Dalton y a sí mismo. Mustafá se había quedado fuera en señal de respeto. Todos lucían el atuendo de la Hermandad, algunos con bandas coloridas que indicaban su posición. Conversaban de pie en grupitos de dos o tres, mientras los mecaeunucos estándar ofrecían refrigerios.

Archibald los conocía a todos, todos ellos miembros destacados de la empresa; no había otro modo de unirse a la Hermandad. Le saludaban al pasar y se veía obligado a pararse y ofrecerles el apretón de manos y el abrazo de rigor, mejilla contra mejilla, una costumbre que habían adoptado de los egipcios. Todos se fijaban en el fardo, que una y otra vez mantenía fuera del alcance de las manos tendidas hacia él. Era de lo más tedioso, y se alegró de librarse de ellos y de dejar a Dalton en su compañía. Observando a los reunidos, divisó al hombre que había venido a ver.

Lord Alistair Worthington, Gran Maestro de la Hermandad Hermética de al-Jahiz, resultaba una figura imponente en su resplandeciente túnica morada ribeteada de plata. Estaba sentado a una mesa negra con forma de media luna, en una silla de respaldo alto que recordaba a un trono. En la pared que había detrás de él

colgaba un gran estandarte blanco con el emblema de la Hermandad.

Archibald apenas recordaba la época en que lord Worthington no era «el viejo». Con su pelo níveo y marcadas facciones aristocráticas, el director del grupo Worthington encajaba a la perfección en el rol de sacerdote supremo de su fraternidad esotérica. Había fundado la Hermandad allá por 1898, con el objetivo de desentrañar la sabiduría de al-Jahiz, el desaparecido místico sudanés que había cambiado el mundo para siempre.

Los frutos de su esfuerzo decoraban las paredes: una túnica manchada de sangre, una ecuación de alquimia que se suponía escrita de su puño y letra, un Corán que había utilizado para enseñar. Archibald había colaborado en conseguir la mayoría, igual que el fardo que ahora transportaba. Aun así, en toda su búsqueda, no se habían topado con ninguna revelación divina o ley secreta que gobernara los cielos. La Hermandad se había ido convirtiendo, en su lugar, en refugio de románticos o chalados como Dalton. La fe de Archibald se había ido apagando con los años, como la mecha de una vela que ha ardido demasiado. Pero mantenía la boca cerrada. Ante todo, se debía a la empresa.

Cuando alcanzó a lord Worthington, este no estaba solo. Con él se encontraba Edward Pennington, uno de los miembros más antiguos de la compañía y un verdadero creyente, aunque medio senil. Estaba sentado entre otras dos personas, asintiendo con su cabeza llena de arrugas mientras ambos le hablaban al oído.

—Los alemanes están armando un embrollo espantoso en Europa —comentaba una mujer, la única en la habitación: una belleza de piel oscura con khol negro bajo los grandes ojos líquidos y una melena trenzada que le caía por debajo de los hombros. Llevaba un collar de varias vueltas de piedras verdes y turquesas que destacaba sobre su vestido blanco—. Ahora el káiser y el zar intercambian insultos todos los días como si fueran niños —continuó con su marcado acento.

Antes de que Pennington pudiera responder, intervino el hombre sentado a su otro lado. Sobre sus hombros anchos, vestía nada menos que la piel de una bestia moteada.

—No te olvides de los franceses. Tienen una cuenta pendiente con los otomanos por los territorios de Argelia.

—El Imperio otomano está abarcando demasiado. ¿Pretenden recuperar el Magreb cuando están hasta las orejas en los Balcanes? —repuso la mujer, chasqueando la lengua.

Archibald escuchó cómo aquellos dos seguían y seguían; el pobre Pennington apenas era capaz de intercalar una palabra. Ese par era un recordatorio de cuánto se había alejado de su propósito la Hermandad.

—Solo espero que Egipto no se vea arrastrado por vuestros conflictos —suspiró la mujer—. Lo último que necesitamos es una guerra.

—No habrá ninguna guerra —terció lord Worthington. Su voz se elevó con una firmeza tranquila que acalló la mesa—. Vivimos en una era industrial. Fabricamos navíos que cruzan los mares y naves que surcan los cielos. Con nuestra capacidad para manipular vapores nocivos y el resurgir de la alquimia y las artes místicas en vuestro país, ¿qué nuevas armas terribles podría producir esta época? —Sacudió la cabeza, como para disipar esa imagen de pesadilla—. No, este mundo no puede permitirse una guerra. Por eso he apoyado a vuestro rey en la próxima cumbre de naciones. El único camino hacia delante es la paz, o pereceremos con toda seguridad.

Hubo una pausa, antes de que la mujer levantara su copa.

—Los egipcios somos tan aficionados a los brindis como los ingleses. Solemos decir *Fi shehtak*: a vuestra salud. Quizás ahora deberíamos brindar por la paz.

Lord Worthington inclinó la cabeza y levantó su cáliz.

—Por la paz.

Los otros le siguieron, incluso el anciano Pennington. En algún punto del brindis, el viejo vio a Archibald.

—¡Archie! ¡Ya temía que no te veríamos hoy! Venga, hombre. ¡Pero si ni siquiera tienes una copa!

Archibald murmuró unas disculpas y cogió la que le ofrecía un mecaeunuco. Tras las presentaciones formales de rigor, se sentó junto a la mujer, de la que emanaba un perfume dulce e intenso.

—Archie fue clave en la formación de nuestra Hermandad —relató lord Worthington—. Supervisó la compra de esta misma casa, una residencia de caza construida para el antiguo pachá. Por aquel entonces, Giza todavía estaba fuera de la ruta principal. Archie ostenta el título de mi visir, de la misma forma que... —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo y un brillo iluminó sus ojos azules al divisar el fardo apoyado contra una silla—. ¿No será...?

—Lo es, señor —confirmó Archibald, colocando el fardo sobre la mesa.

Todas las miradas se posaron en la tela oscura y las conversaciones se fueron extinguiendo paulatinamente. Incluso el senil Pennington lo miraba embobado. Lord Worthington acercó una mano ansiosa, pero se detuvo.

—No. Presentaremos este regalo a la Hermandad. —En ese momento, como si fuera una señal, se escuchó el sonoro tañido de una campana que daba la hora—. ¡Ah! Puntualidad impecable. ¿Podrías proceder a llamar al orden, Archie?

Archibald se puso en pie y esperó a que la campana se detuviera antes de gritar:

—¡Orden! ¡Orden! ¡El Gran Maestro llama al orden a la Hermandad!

El estrépito se apagó poco a poco mientras los hombres se giraban hacia ellos. Entonces, lord Worthington se puso en pie y el resto de la mesa se levantó con él.

—¡Salve! ¡Salve! ¡El Gran Maestro! —declamó Archibald.

—¡Salve! ¡Salve! ¡El Gran Maestro! —respondió toda la estancia.

—Gracias, visir —dijo lord Worthington—. Y bienvenidos, hermanos, a esta reunión crucial. Durante diez años hemos llevado a cabo nuestra misión de seguir los pasos de al-Jahiz, tratando de desentrañar los misterios que sembró en el mundo. —Con el brazo izquierdo, gesticuló hacia el estandarte con la insignia de la orden, en el que se leían las palabras *Quærite veritatem* escritas en dorado—.

Busca la Verdad. Lo que une a nuestra Hermandad no son ropas ceremoniales, palabras secretas o apretones de manos, sino un propósito más elevado y noble. ¡Es importante recordarlo y no perdernos entre oropeles y rituales!

»El mundo se encuentra al borde de un precipicio. Nuestra habilidad para crear ha superado nuestra capacidad de comprender. Jugamos con fuerzas que podrían destruirnos. Esta es la tarea que debe acometer la Hermandad. Recuperar el conocimiento más sagrado de los antiguos, para poder crear un mañana mejor. Este es el propósito que debemos defender. Esta debe ser nuestra mayor verdad. —Las manos del viejo se movieron hacia el fardo—. ¿Qué mejor símbolo para tal propósito que el que hemos conseguido hoy? —Apartando la tela, levantó el tesoro que escondía—. ¡Contemplad la espada de al-Jahiz!

Hubo gritos ahogados. Archibald escuchó a la mujer murmurar lo que parecía una oración. No podía culparla, viendo la empuñadura finamente labrada que sujetaba una larga hoja ligeramente curva, de un negro tan oscuro que parecía absorber la luz.

—Con este artículo sagrado —declaró lord Worthington—, consagro de nuevo el propósito de nuestra Hermandad. *¡Quærite veritatem!*

El resto de los presentes se disponía a responder a la arenga cuando se escuchó un golpe repentino.

Archibald dirigió la vista hacia las puertas como todos los demás. Volvieron a escuchar el golpe. Tres veces en total. Las puertas se sacudieron con cada uno de ellos, como si una enorme mano las aporrease. Siguió un momento de silencio, antes de que se abrieran de golpe con violencia; una de las hojas casi se salió de las bisagras cuando la barra que las mantenía cerradas se partió como si fuera una ramita. Gritos de alarma siguieron al ruido de los pasos arrastrados de los asistentes que se alejaban de la destrucción.

Archibald entornó los ojos para ver la figura que cruzaba el umbral. Era un hombre vestido todo de negro, con largos pantalones bombachos remetidos en las botas y una camisa ceñida al torso. Su cara estaba oculta tras una máscara negra, solo se le veían los ojos

a través de sendas aberturas ovaladas. Se detuvo ante las puertas destrozadas para inspeccionar la estancia, luego levantó una mano enguantada y chasqueó los dedos.

Y entonces hubo dos.

Archibald no pudo apartar la vista. El hombre simplemente se había... ¡duplicado! Las figuras gemelas se miraron una a otra antes de que la primera chasqueara los dedos de nuevo. Ahora había tres. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! ¡Ya eran seis hombres! ¡Todos idénticos, surgidos del aire! Como si fueran uno solo, dirigieron sus rostros enmascarados hacia su conmovido público y avanzaron sigilosos como sombras.

Un nuevo desasosiego sacudió la habitación. Los hombres retrocedieron a trompicones ante el andar silencioso de los desconocidos. El cerebro de Archibald trabajaba a toda velocidad en un intento de encontrarle sentido a todo aquello. Era un truco. Uno como los que había visto representar en la calle. Eran locales... ¿ladrones, quizás? ¿Querían atracar a unos cuantos ingleses ricos? Cuando los seis llegaron casi al centro de la estancia, se detuvieron y se quedaron inmóviles como estatuas. Fue la voz indignada de lord Worthington la que rompió aquella extraña calma.

—¿Quién osa invadir esta propiedad? —No hubo respuesta alguna de aquellos seis pares de ojos fijos. Lord Worthington aporreó la mesa, furioso—. ¡Este es el lugar sagrado de la Hermandad de al-Jahiz! ¡Marchaos de aquí o haré que las autoridades os capturen de inmediato!

—Si esta es la casa de al-Jahiz —se escuchó una nueva voz—, estoy en mi derecho de estar aquí.

Una figura atravesó a zancadas las puertas rotas: un hombre alto, enfundado en una túnica negra que flotaba a su paso. Sus manos cerradas estaban envueltas en guantes de malla oscura y una capucha negra le cubría la cabeza, ocultando su rostro a la vista. Incluso así, su presencia llenó la estancia, y Archibald tuvo la sensación de que una fuerza los aplastaba a todos.

—¿Quién eres tú para reclamar ese derecho? —exigió lord Worthington.

La extraña figura se situó a la cabeza de sus acompañantes y respondió quitándose la capucha. Archibald se quedó sin aliento. La cara del hombre también estaba cubierta por una máscara, tallada como el rostro de un hombre y adornada con una extraña escritura que parecía moverse sobre su superficie dorada. Los ojos tras las aberturas ovaladas eran sendos agujeros negros que ardían con un fuego frío.

—Soy el Padre de los Misterios —dijo, en un inglés marcado por un fuerte acento—. El Caminante de la Senda de la Sabiduría. El Viajero de los Mundos. Me han llamado místico y loco. Me nombran con reverencia y como maldición. Soy el que buscáis. Yo soy al-Jahiz. Y he regresado.

Una nueva quietud descendió sobre ellos como un manto pesado. Incluso lord Worthington parecía perdido. Archibald se quedó boquiabierto, demasiado impactado para hacer nada más que clavarle la mirada. Una risa como un ladrido lo sacó de su estupor.

—¡Tonterías! —gritó alguien.

Archibald gimió en silencio. Era Dalton.

El tipo se abrió camino a empujones, apartando a los otros al pasar para detenerse ante las figuras de negro, mirando a su líder con toda la impertinencia que otorgan la aristocracia y la juventud.

—¡Tengo pruebas de que no eres al-Jahiz! ¡Hermanos! Mirad a este sujeto. Alto, con los brazos y las piernas largas, la constitución propia del clima tropical de los negros de Sudán. Pero yo afirmo que al-Jahiz no era negro, jera, de hecho, caucásico!

Archibald rogó mentalmente a Dalton que se detuviera. Por el amor de Dios. Pero el muy idiota continuó, gesticulando con dramatismo.

—El verdadero al-Jahiz desciende de los antiguos gobernantes de Egipto. ¡Ese es el secreto de su genialidad! ¡Si lo situaras en Baker Street o en las calles abarrotadas de Wentworth, me atrevo a afirmar que sería imposible distinguirlo de cualquier otro londinense! Expongo con convicción que bajo esa máscara no se halla la complejidad clara característica de nuestro propio linaje anglosajón, sino las facciones tiznadas y la frente estrecha...

Dalton se interrumpió cuando el desconocido, que se había mantenido inmóvil, levantó una mano envuelta en un guante de cota de malla. La espada que sujetaba lord Worthington de pronto empezó a vibrar y emitir un murmullo. El ruido creció hasta convertirse en un lamento, de tal modo que el viejo se sacudía por el movimiento. Con un tirón repentino, la espada se liberó de su agarre y voló por los aires hasta los dedos extendidos del desconocido. Su mano se cerró en torno a la empuñadura y, dando un paso al frente, apuntó a Dalton con el arma.

—Si dices una palabra más —le advirtió el enmascarado—, será lo último que hagas.

Los ojos de Dalton se abrieron de par en par por un instante y los bajó para mirar la afilada punta de la espada. Una vez más, Archibald trató de transmitirle al hombre, por todo lo sagrado, ¡que *cerrara el pico* por una vez en su vida! Pero estaba escrito que no iba a ser así. Los egipcios a menudo bromeaban con que había ingleses tan empecinados en no resguardarse del inclemente sol de mediodía que llegaban a desplomarse por golpes de calor. El joven Dalton parecía decidido a representar ese papel. Fijando la mirada en el intruso, con una expresión que denotaba toda la arrogancia propia del orgullo británico y la soberbia imperial, abrió la boca para soltar una nueva retahíla de sandeces.

El enmascarado no se movió. Pero sí lo hizo uno de sus acompañantes. Sucedió rápido, como ver a la piedra cobrar vida. Unas manos enguantadas agarraron a Dalton, tan veloces que se volvieron borrosas, y dieron un violento tirón, antes de que la figura recuperara con fluidez su postura de estatua. Archibald parpadeó. Le costó un momento encontrarle sentido a lo que tenía delante. Dalton todavía estaba en pie en el mismo lugar. Pero su cabeza había girado por completo. O puede que fuera su cuerpo. De cualquier modo, ahora tenía la barbilla apoyada en la parte trasera de la túnica, en un ángulo imposible, mientras sus brazos se extendían detrás de él. Dio una vuelta completa trastabillando, con un aspecto casi cómico, como si tratase de recolocarse a sí mismo. Entonces, deteniéndose, les lanzó una última mirada aturdida y cayó



de bruces sobre su cara vuelta del revés, con las puntas de las botas negras apuntando hacia el techo.

Se oyeron gritos por toda la sala. Alguien vomitó. Archibald intentó no sucumbir al mismo impulso.

—No hay ninguna necesidad —rogó lord Worthington, con la cara de un gris ceniciento—. No hay necesidad de usar la violencia.

El desconocido volteó sus ojos negros hacia el viejo.

—Pero sí hay necesidad de compensación. Entre los mismos hombres que dicen venerarme. Mas se ha convertido en un lugar de decadencia. Está contaminado por diseños extranjeros. Pero he vuelto, para ver mi gran trabajo completado.

—Estoy seguro de que puedo ayudar —respondió lord Worthington con urgencia—. Si de verdad eres quien afirmas ser. Si pudieras darnos alguna señal de que eres el verdadero al-Jahiz, me tendrás a tu disposición. Mi fortuna. Mis contactos. Te daría todo lo que me importa, ¡si eres capaz de demostrar que eres digno del nombre que reclamas!

Archibald se giró, conmocionado. El rostro del viejo tenía la expresión de alguien que desea creer desesperadamente. Que *necesita* creer. Era lo más descorazonador que había visto en su vida.

La figura de la túnica negra miró a lord Worthington, como evaluándolo, y sus ojos se volvieron aún más oscuros.

—Me darías todo lo que te importa —contestó con amargura—. Sí que lo harías, ¿verdad? No necesito nada de lo que puedas ofrecerme, anciano. Pero si es una señal lo que pides, te daré una.

El extraño levantó la espada, apuntándolos con el filo. La habitación quedó en penumbra, la luz se filtraba entre las sombras. Esa presencia inconfundible que emanaba del hombre se hizo más fuerte, creció hasta que Archibald sintió que iba a caer de rodillas. Se volvió hacia lord Worthington y se encontró con que el viejo ardía. Llamas de un rojo brillante le lamían las manos, le arrugaban la piel y se la cubrían de ampollas. Pero lord Worthington no parecía notarlo. Tenía los ojos fijos en la estancia, en la que todos los miembros de la Hermandad estaban también en llamas, sus cuerpos encendidos por un fuego sin humo del color de la sangre. Las

extrañas llamas dejaban su ropa intacta, pero recorrían su piel y su pelo mientras sus gritos llenaban la habitación.

No solo sus gritos, comprendió Archibald. Porque él también estaba gritando.

Bajó la mirada hacia el fuego que le envolvía los brazos, devorando la carne bajo su túnica impoluta. A su lado, la mujer lanzaba alaridos: sus gritos de agonía se fundían en la terrible cacofonía. En algún punto más allá del dolor, más allá del horror, antes de que las llamas consumieran sus últimos pedazos, Archibald se lamentó por su Londres, por las Navidades, por su querida Georgiana y por los sueños que ya nunca se harían realidad.



## CAPÍTULO DOS

Fatma se inclinó hacia delante y sopló en su narguile. El maassel que contenía era una mezcla de tabaco intenso, bañado en miel y melaza, con toques de hierbas, nueces y frutas. Pero había otro sabor, dulce hasta el punto de resultar empalagoso, que hacía cosquillas en la lengua. Magia. Le erizó el vello de la nuca.

El pequeño grupo que se había congregado a su alrededor la observaba expectante. Un hombre de nariz prominente y turbante blanco se inclinaba sobre su hombro, tan cerca que podía oler el hollín que lo cubría; un obrero del metal, a juzgar por el hedor. Mandó callar a un compañero y solo consiguió que otros protestaran. Por el rabillo del ojo, Fatma vio que Khalid les lanzaba a ambos hombres una mirada fulminante, con expresión tensa en su cara ancha. Nunca era buena idea irritar al corredor de apuestas.

Como la mayoría, lo más seguro era que hubieran apostado a favor de su contrincante, sentado al otro lado de la mesa octogonal. Le echaba unos diecisiete años, con una cara todavía más aniñada que la suya. Pero el muchacho ya había vencido a hombres que le doblaban la edad. Y, lo más importante, era un hombre, detalle que aún conservaba relevancia a pesar de la supuesta modernidad cairota. Eso explicaba la sonrisa en sus labios oscuros.

Había algunos cafés más tradicionales que todavía no atendían a mujeres, en particular aquellos en los que se fumaba en narguile,

que eran la mayoría. Pero en ese tugurio de mala muerte, oculto en un callejón infame, no les importaba a quién servían. A pesar de ello, Fatma podía contar a las mujeres con los dedos de una mano. La mayoría dejaban las apuestas para los hombres. Tres de ellas, que ocupaban una mesa alejada en la estancia en penumbra, pertenecían sin lugar a dudas a las Cuarenta Leopardas, ataviadas con llamativos caftanes y hiyabs rojos sobre pantalones turcos azules. A juzgar por sus miradas despectivas, cualquiera diría que eran ricas herederas, en lugar de miembros de la banda de ladronas más conocida de la ciudad.

Fatma se abstraigo de todo (de los hombres que apostaban, los chicos engreídos y las ladronas arrogantes por igual), concentrándose en el agua que burbujeaba en el vaso bulboso del narguile. Imaginó que era un río en movimiento, tan real como para mojarle las puntas de los dedos mientras inhalaba el aroma. Tomando una larga bocanada de la pipa de madera, dejó que el maassel encantado la recorriera antes de exhalar una nube espesa.

No parecía humo normal, pues era más plateado que gris. Tampoco se movía como tal, enredándose sobre sí mismo en vez de disiparse. Tardó unos segundos en unirse, pero, cuando lo hizo, Fatma sintió una punzada de triunfo. Un río vaporoso serpenteó por el aire mientras una falúa navegaba sobre él con las velas tensas, formando ondas a su paso.

Todos los ojos del bar se posaron en el etéreo navío. Incluso las Cuarenta Leopardas lo miraban fascinadas. Al otro lado de la mesa, la sonrisa de su contrincante dio paso a un asombro que lo dejó boquiabierto. Cuando la magia se evaporó y el humo se disipó, el chico sacudió la cabeza y bajó el tubo de su pipa de agua en señal de derrota. La muchedumbre rugió.

Fatma se reclinó en su asiento a recibir felicitaciones mientras Khalid se ponía en pie para cobrar su dinero. El maassel encantado era una sustancia prohibida: una amalgama chapucera de brujería y compuestos alquímicos que imitaba a una droga. Los adictos tiraban por la borda su vida persiguiendo el próximo gran conjuro. Por suerte, en el colegio mayor femenino de Luxor había sido popular

una variante más suave. Cuando era estudiante, había participado en un par de duelos. O tres. Puede que más.

—¡Ya salam! —soltó el chico—. Shadia, eres tan buena como decía el Usta.

Al-Usta era el apodo de Khalid. El antiguo término turco se usaba para dirigirse a conductores, trabajadores, mecánicos o artesanos; en realidad, a cualquiera que fuera muy bueno en lo que hacía. Fatma estaba segura de que Khalid no había tenido un trabajo honrado en toda su vida. Pero en lo referente a las apuestas, no había nadie mejor.

—Una de las mejores, te lo dije —añadió el corredor de apuestas, sentándose a contar un fajo de billetes.

Había sido Khalid quien le había puesto ese nombre, Shadia. El hombretón era su guía en esa parte más sórdida de El Cairo, donde la agente especial Fatma el-Sha'arawi del Ministerio Egipcio de Alquimia, Encantamientos y Entidades Sobrenaturales habría atraído una atención no deseada.

—¡Wallahi! —exclamó el chico—. Nunca había visto un conjuro tan real. ¿Cuál es tu secreto?

El «secreto» era lo que cualquier novato aprendía en clase de manipulación mental básica: elegir experiencias reales en lugar de imaginarias. La suya había sido el barco de uno de sus tíos, en el que había navegado docenas de veces.

—Como ha dicho Khalid, el Usta, soy una de las mejores.

—Nunca lo hubiera imaginado —resopló el chaval.

Señaló su traje con la barbilla, un conjunto blanco con chaleco a juego que se veía sublime sobre su piel marrón. Fatma acarició con los dedos su corbata dorada, asegurándose de lucir los relucientes gemelos que llevaba en la blusa azul oscuro.

—¿Celoso?

El muchacho bufó de nuevo, cruzando los brazos sobre su caftán marrón. Celoso sin la menor duda.

—¿Qué te parece si me das lo que vine a buscar y te paso el contacto de mi sastre?